

LA ESPAÑA MILITAR,

PERIÓDICO

DEDICADO AL EJÉRCITO Y MILICIA NACIONAL.

DEL CUERPO DE ESTADO MAYOR.

La lámina que ofrecemos junta con esta quinta entrega representa un oficial del cuadro efectivo.

En nuestra primera entrega dimos, además del reglamento vigente sobre el uniforme, una corta reseña de la anterior y actual organización del cuerpo de estado mayor.

Desde entonces dos decretos han cambiado sucesivamente la forma del instituto.

El primero, fechado en 25 de febrero, crea una escuela especial que, recibiendo de la escuela central alumnos ya subtenientes del ejército, proveerá el cuerpo de E. M. de tenientes que cuenten en ella dos años de estudios y hayan satisfecho á los exámenes.

El segundo, promulgado en 4 de marzo, establece el efectivo del cuerpo, del modo siguiente:

- 1 jeneral.
- 3 brigadieres.
- 9 coroneles.
- 12 tenientes coroneles.
- 15 primeros comandantes.
- 15 segundos id.
- 30 capitanes.
- 30 tenientes.

En este último decreto se manda proveer las va-

TOMO I. ENTREGA 5ª.

cantes que resulten de esta nueva organización en los jefes y oficiales de las distintas armas que lo soliciten, sujetándose los de infantería y caballería al examen cuyo programa insertaremos á continuación.

Añádese que el cuerpo de E. M. será repartido entre la dirección jeneral del mismo y los distritos militares, á escepcion de los que se empleen cuando ocurra la formación de un ejército; y que los oficiales adictos á los distritos constituirán de aquí en adelante las secretarías de los mismos, quedando suprimidas las conocidas hasta ahora con el nombre de secretarías de las capitanías jenerales.

Programa del examen para la admision en el cuerpo de E. M.

Para la clase de auxiliares: Las cuatro reglas de aritmética, teoría y cálculo de los quebrados ordinarios y decimales, y las reglas de tres simple y compuesta.—Conocimiento de las líneas, ángulos, figuras, y sólidos de jeometría y de sus propiedades principales.—Las Ordenanzas del ejército, y en particular las órdenes jenerales para oficiales, el servicio de guarnicion y de campaña, las leyes penales y los ho-

1.º de abril de 1842.



nores y tratamientos de palabra y por escrito.—La táctica del arma á que pertenezca el aspirante hasta la escuela de batallón ó escuadrón inclusive.—El dibujo lineal y topográfico.

Para la clase de adictos: Además de los conocimientos indicados para los auxiliares, las progresiones y logaritmos.—La geometría especulativa con suficiente estension, y con respecto á la práctica las operaciones con cuerdas y piquetes, y el levantamiento de croquis y planos topográficos con los instrumentos mas usuales en campaña, especialmente con la brújula.—La trigonometría rectilínea y la resolución de los triángulos con el uso de las tablas logarítmicas ordinarias.—Ideas sobre las diferentes clases de obras de fortificación, abiertas y cerradas, que se emplean en campaña, y de sus defensas accesorias.—Reconocimientos militares, itinerarios y formación de tablas estadísticas.—Principios de castrametación, razones que determinan la elección de los diferentes campos militares en paz y en guerra, é ideas sobre la traza de los campamentos de las tropas.—Nociones generales sobre los puentes militares.—Táctica del arma á que pertenezca el aspirante, hasta las maniobras de línea inclusive, y conocimientos generales sobre las de las otras armas.—Dibujo lineal topográfico y de obras de fortificación, con pluma y pincel.

Para la admisión en el cuadro efectivo: Además de los conocimientos prefijados para los adictos, el álgebra elemental.—Propiedades principales de la sección cónica.—Traza y construcción de las obras de campaña, con el cálculo de su capacidad y del número de defensores.—Puentes militares mas en uso, y obras que se emplean para cubrir sus cabezas.—Ideas generales sobre la fortificación permanente y sus obras exteriores.—Nociones sobre minas y fogatas.—Embustidura de una plaza, idea general de los trabajos y operaciones de un sitio hasta la rendición, y de la defensa, desde la embustidura hasta la capitulación.—Ataque y defensa de atrincheramientos y puntos fortificados.—Conocimientos de las diferentes piezas de artillería, de sus proyectiles, cargas y alcances, de la organización de las baterías de campaña, y del uso de la artillería en el ataque y defensa de las plazas y puntos fuertes.—Táctica general de las armas.—Principios de estrategia.—El idioma frances.

Los individuos de cualquiera de las clases arriba enunciadas que acrediten otros conocimientos mas

estensos en las materias sobre que debe versar el examen, ó que los posean en ciencias naturales, economía pública, literatura, idiomas, además del frances que precisamente se les exige, u otros ramos del saber humano, serán preferidos en igualdad de circunstancias para ser colocados en las clases respectivas.

El Estado Mayor es la red que abarca al ejército, es el canal por donde circula la vida de este inmenso cuerpo.

Así como en la organización humana el misterioso aparato de los nervios, aunque en apariencia inerte, lleva á las estremidades la voluntad concebida en el cerebro, y determina las contracciones musculares que la ejecutan; ó bien retrocediendo de los confines á las fuentes de la vida, estampa las impresiones exteriores en el centro comun de las sensaciones; igualmente el E. M., casi siempre sin autoridad directa, es sin embargo el conductor eléctrico del mando, y el eslabon de comunicación entre las últimas filas y el jefe supremo.

Preciosos resortes, los oficiales que componen esta admirable máquina, reciben, comprenden y subdividen para su omnimoda aplicación, la voluntad del jeneral.

Por los ojos del E. M. el jeneral ve al pais, conoce los recursos y los obstáculos; por las relaciones de estos su espíritu observa y adivina al enemigo, calcula sus proyectos, sus faltas y sus esperanzas; y cuando viene el dia decisivo, lanza sin recelo á todos aquellos jóvenes inteligentes, imbuidos de sus ideas, de su pensamiento, de su voluntad, por todas las partes en donde la necesidad del orden, el interés del ejército y del estado le prohíben esponer su persona, paladion de la salvación de todos.

La instrucción, la actividad y la abnegación son indispensables en un oficial de E. M.

La instrucción, para el despacho acertado de los trabajos; la actividad, porque, cuando el jeneral espera la ejecución de sus órdenes, y el soldado el alivio de sus necesidades, la lentitud es un crimen; y la abnegación, que aplica la instrucción á todas las cosas y la actividad á todas las horas.

¡Cuántos honrosos estímulos encierra el hermoso papel de oficial de E. M. ! Vigilar los intereses del ejército, asegurar su conservación, preparar sus triunfos, responder del soldado al jefe, y del jefe al soldado; afianzar el poder del uno y la obediencia del otro, tomar parte activa en todo, sucesos y peligros; combatir mas con el corazón y la cabeza que con el brazo, y no quedar extraño á nada en el horroroso drama de la guerra, á no ser la obra material de la destrucción.

En el combate, la infantería derrama por mil partes sus guerrillas para reconocer y provocar al enemigo, forma sus profundas columnas para conquistar las posiciones, ó se estiende en delgadas líneas para abrazar y cubrir el campo de sus fuegos.

La caballería, mas móvil, mas rápida, mas impetuosa en el choque, sondea el terreno, interroga los caminos, protege los flancos, espera en acecho el momento de destrozar en la llanura los imponentes y compactos cuadros del enemigo, ó bien lanza sus lieros escuadrones sobre sus comunicaciones, para arrebatárle sus bagajes, parques y municiones.

La artillería, audaz, impávida, ágil y activa, presta á ambas, sea para el ataque, sea para la defensa, el auxilio de sus terribles proyectiles.

¿Qué hace en medio de esta esfera de acción el oficial de E. M. ?

Á la verdad sus manos vindas están de trofeos, la pólvora no ha ennegrecido sus labios, y su espada permanece pacífica en la vaina.

Pero el alba le ha encontrado en las últimas avanzadas bosquejando rápidamente el perfil de las posiciones enemigas; luego, guía fiel é inteligente, ha conducido al traves de los peligros las columnas de ataque á los puntos que el pensamiento del general designó á sus esfuerzos, y despues, todos le han visto servir de peon á las líneas y de blanco á las balas.

Mas tarde volvió á aparecer en medio de las cargas de caballería, colocó las emboscadas, y fué quien enseñó el camino por donde la retirada del enemigo vencido quedó frustrada.

La noche ha cubierto el campamento con su velo, el silencio sucede al tumulto, el cansancio y la oscuridad detienen la mano de la destrucción; las tropas descansan.

Pero si la fuerza duerme, el pensamiento vela; esto quiere decir que el E. M. trabaja.

Cubiertos todavía del polvo y sudor de la refriega sus individuos cuentan las pérdidas del día y preparan los recursos de la mañana: el uno estampa las hazañas del combate y recoge los nombres de los que proclamará la prensa: otro dibuja el plan que servirá de precioso documento á la historia, y de escuela á las generaciones futuras: aquel coordina la redacción de las órdenes, este corre á comunicar con la palabra instrucciones mas secretas, ó á inspeccionar los hospitales de sangre, y asegurar las distribuciones de víveres.

Si antes del día se distingue al resplandor de las hogueras del vivaque á un oficial que sale seguido de algunos jinetes, es un oficial de E. M. que sin duda va á buscar un camino en la montaña, un vado en el río, ó una senda en el bosque: allí encontrará los peligros sin espectadores, necesitará el valor sin ostentación, y sus proezas no tendrán narradores.

Al lado de los oficiales de E. M. muy naturalmente vienen á colocarse bajo nuestra pluma los ayudantes de campo, como oficiales igualmente fuera de filas y llamados á representar también un importante papel así en paz como en guerra.

Los vínculos de la sangre ó las simpatías particulares son los últimos motivos que hayan de dirigir á un general en la elección de su ayudante, que debe ser ante todo, hombre de corazón, de experiencia y de talento, para secundarle tanto en el campo de batalla como en el gabinete.

Podrían dividirse los ayudantes de campo en dos clases: los de batalla y los de salón.

Los primeros, hijos de sus propias obras, como todos los hombres que se respetan, solo deben su puesto á una reputación justamente adquirida; los otros, militares sin mérito, ambiciosos sin nobleza, suelen hacer fortuna, resignándose á posiciones serviles y humillantes.

El ayudante debe partir con su jeneral, no el mando, pero sí las fatigas del mando, ambos son la reunion del pensamiento y de la accion de la cabeza y del brazo.

Desde el dia en que empieza esta union, el ayudante, elegido entre la muchedumbre por el jeneral, debe consagrar su vida á servirle militarmente. Por servir entendemos, no solo la obediencia, sino tambien la abnegacion que la completa y el celo que la vivifica.

Debe concurrir con todos sus esfuerzos para asegurar al jeneral el afecto y respeto de las tropas.

Si alguna vez sucediera que el jeneral se equivocase, y que la censura pudiese alzarse con justicia de los rangos inferiores hasta el mando supremo, lejos de dar armas á las pasiones, sacrificando á su vanidad gravísimos intereses, el ayudante debe ser hasta cierto punto el editor responsable de los errores de su jefe: el bien del país así lo exige; porque no es absolutamente necesario que el ejército crea en el mérito del ayudante, pero no sin muy grande peligro puede el soldado empezar á dudar de su jeneral.

Este valor de abnegacion no es servilismo, pues no nace del deseo de adquirirse un protector; lo produce una sensacion mas noble, que es el amor de la disciplina y el interes de la patria.

No es esta la única virtud social que debe poseer el ayudante: tiene que prescindir tambien con mucho cuidado de toda vanidad.

Instruido con esmero y recién salido de las escuelas, tal vez tenga mas frescos en la memoria los pormenores del servicio y de los reglamentos; pero no se imagine que este talento escolar pueda ser comparado con el conocimiento de los hombres, la esperiencia de las cosas, la tradicion de las victorias, y el sentimiento de los deberes militares arraigados por un largo hábito.

La desconfianza de si mismo le está bien á la juventud; ella prueba que conoce la importancia de sus deberes, y que sabrá llenarlos con esmero: ademas, si la fluctuacion é incertidumbre es alguna vez perjudicial en el que manda, la presuncion es siempre ridicula en el que obedece.

Admitido á la intimidad del jefe, mucho tino necesita el ayudante para gozarla sin abuso, y para preservarse de todo necio orgullo.

Encargado muchas veces de comunicar órdenes á jefes de alta graduacion, debe desplegar una profunda

delicadeza de tacto para no herir, al verificarlo, las conveniencias ni el amor propio, conciliando estas consideraciones con el exacto cumplimiento de los mandatos á los cuales sirvió de órgano.

Confidente de los pensamientos mas secretos del jeneral en el gabinete, y tambien de los murmullos de los inferiores en la vida del compañerismo, escuchará los primeros con respecto, y los segundos con discrecion: hablará y callará con tino, procurando siempre conciliar los ánimos, y disculpar las faltas en lo posible.

En continua evidencia y roce con las distintas jerarquías, necesita mas que nadie granjearse la estimacion y el afecto de todos: el mejor medio es no olvidar lo que debe de veneracion á su jefe, de consideracion á las superioridades, de interés á todos los padecimientos, y de respeto á si mismo. Así es que, igualmente medido en su celo y en su abnegacion, debe hacer respetar su carácter y servir noblemente, evitando todo lo que se parezca á domesticidad.

Muchas veces los pequeños y los tímidos recurrirán al ayudante de campo implorando ó justicia ó favor: la primera peticion siempre debe ser religiosamente acogida, y la segunda nunca debe negarse con dureza.

Algunas de las quejas que suelen al nacer quedar ahogadas en el largo trámite de los conductos jerárquicos, podrán por medio del ayudante llegar al jefe.

Presentadas con oportunidad, moderacion y tino las peticiones del ayudante, serán coronadas de un feliz éxito, si no olvida que solo debe encargarse de las causas buenas.

Por semejantes medios debe el ayudante proporcionar al jeneral las ocasiones de granjearse con actos de justicia el afecto del soldado, que, colocado á tan grande distancia del poder, ve con indecible alegria que se piensa en sus intereses.

Exijir tanto del subalterno no es restringir los deberes del superior: la armonía, no pudiendo ser obra de uno solo, el buen jeneral hará los buenos ayudantes, así como los grandes capitanes hacen los soldados valientes.

Estracto de un plan de organizacion para el Estado Mayor.

El cuerpo de E. M. se compondría únicamente de capitanes, por estar probada la no necesidad de categorías mas altas para desempeñar los trabajos de este instituto, y que los oficiales subalternos deben aprovechar su juventud para estudiar de cerca los resortes de la máquina militar; estudio que solo se consigue por el inmediato contacto con el soldado.

Todos los años se celebraría ante una junta de jenerales un exámen público, en el cual podrian presentarse todos los capitanes de caballería y de infantería que, no teniendo 35 años cumplidos, pretendiesen ingresar en el E. M.

En el programa de exámen que sería formulado por el ministro de la guerra, se exigirían, además de las condiciones científicas y teóricas actualmente impuestas, un perfecto conocimiento del mecanismo de las tres armas, y una costumbre del mando que justificaria victoriosamente el aspirante, haciendo evolucionar varios batallones, escuadrones y baterías.

Se completaría el exámen imponiendo al candidato la obligacion de resolver en el acto y por escrito un problema relativo á los casos y exigencias de la guerra.

Los aprobados obtendrian segun su clasificacion las vacantes de capitanes de E. M., y, despues de cierto tiempo pasado en el ejercicio de estas funciones, volverian á las filas premiados con el empleo de comandantes en sus respectivas armas.

Los jefes de E. M. tanto de las divisiones como de los ejércitos serian elegidos por el gobierno en las diferentes graduaciones, pero debiendo precisamente recaer dicha eleccion sobre individuos que hubiesen sido capitanes de E. M.

Resultaría de la adopcion de este sistema que los capitanes de E. M. representando la flor de las inteligencias del ejército, y perfeccionados por el roce alternativo con los jenerales y con la tropa, constituirian un precioso plantel de brillantes coroneles y de esclarecidos jenerales.

Se evitaria que el oficial de E. M. que al salir de las escuelas recorre los escalones de la carrera en el mismo cuerpo, llegase al jeneralato sin experiencia ni

practica, privado de la intelijencia del mecanismo y combinacion de las tropas, y del conocimiento moral y físico del soldado; dotes que no dan los libros, y que solo se adquieren en medio de las filas, participando de la vida del rejimiento, y de ningun modo dibujando ó escribiendo en la secretaría de un distrito militar.

DE LA ORGANIZACION DE LOS EJÉRCITOS.

Los ejércitos son ó temporarios ó permanentes.

Los temporarios se dividen en dos clases:

1.^a Los que solo se organizan á la hora del peligro, designándose en aquel momento los ciudadanos que hayan de concurrir á su formacion, y las funciones que deban ejercer.

2.^a Los que, componiéndose de varias categorías determinadas y clasificadas de ante mano, esperan, entregados al descanso ó á sus labores, que las circunstancias exijan su reunion.

Del primer modo se organizaban los ejércitos griegos y romanos.

En Lacedemonia correspondia de derecho el mando de los ejércitos á los reyes, que, secundados por oficiales jenerales llamados *potemarcas*, dirijian el alistamiento y organizaban las tropas.

En Atenas se nombraban anualmente diez *estrategos* (oficiales jenerales) y diez *estacsiarcas*, destinados á servirles de segundos, y cuyas funciones eran cuidar del levantamiento y organizacion de las tropas, si sobrevenia la guerra, en cuyo caso designaba entónces el gobierno los *estrategos* y *estacsiarcas* que habian de mandar el ejército.

En Roma los cónsules mandaban y organizaban los ejércitos, y solo en circunstancias criticas se nombraba un dictador revestido de las mas amplias facultades.

Se ve por estos antecedentes que, exceptuando los reyes de Lacedemonia, todos los hombres investidos antiguamente de un mando militar debian á la eleccion las funciones que

dejaban de ejercer cuando se licenciaba el ejército.

Resultaba de este sistema que algunas veces un ciudadano tenia en el ejército un grado inferior al anteriormente obtenido, y que siempre podian ser elejidos para los mas importantes puestos de la Milicia los que, habiéndose distinguido en otras guerras, eran reconocidos por aptos y de probada capacidad.

Usábase el 2.º método de organizacion en los estados que debian su orijen al establecimiento de un ejército conquistador.

Tales eran las tropas feudales, en las que el mando militar era consecuencia de la posicion social.

Los ejércitos de la India y del Egipto presentaban otro carácter, y se formaban esclusivamente de soldados pertenecientes á las castas guerreras, y de jefes las mas veces sacerdotes ó pontífices.

Perjudicial á todos los ejércitos, la paz lo es todavia mas á los temporarios y principalmente á los feudales, por la fatal influencia que ejerce sobre los elementos que constituyen los últimos.

Para conservar tales ejércitos en buen estado, preciso fuera que estuviesen empeñados en una continua guerra.

Triste ejemplo de esta verdad ofrece últimamente la Polonia, que á la carencia de un ejército permanente debe la pérdida de su independencia.

Los ejércitos permanentes forman en los estados una especie de comunidad, y no pueden subsistir, sin estar sometidos á leyes y reglamentos particulares, que establezcan en sus ejes la mas severa subordinacion de las clases inferiores con respecto á las superiores, resultado que solo se obtiene por medio de una disciplina paternal al mismo tiempo que puntual y severa.

Paternal, para que los militares hallen en sus superiores, en lo relativo á sus intereses y bienestar, los cuidados y asistencia que les prodigarían sus padres.

Aunque esto no fuese deber impuesto por la humanidad y la justicia, seria un medio de aumentar la influencia y consideracion de la autoridad conferida por los grados militares.

Puntual, para establecer el órden en una numerosa reunion de hombres.

Severa, para que se ejecuten sin demora las

penas impuestas; pues de otra suerte no podría un corto número de hombres contener á otro mucho mayor en los límites de una obediencia inmediata inerte y pasiva.

Los jefes militares deben gozar de tanta mas autoridad cuanto mas elevada sea su graduacion: aforismo ocioso é inútil, si se entendiera por esto el mayor ó menor número de subordinados: lo que así se quiere decir es que solo á determinados jefes debe ser reservado el derecho de castigar ciertos delitos.

Exige asimismo el sosten de la disciplina la sujecion del soldado á listas diarias; que le sea vedado pernoctar fuera del cuartel, y alejarse sin licencia; que esté atenido á ejercicios y trabajos conformes á las ordenanzas ó disposiciones de sus jefes, y que se halle en cierto modo despojado de su libertad individual.

Últimamente es necesario un buen código penal, que, determinando el castigo correspondiente á cada delito, pueda dirigir los fallos de tribunales formados de jefes militares; y como para afianzar una ciega subordinacion es preciso cubrir á los oficiales de una terrible ejida, el que insultare á su superior debe, en los ejércitos donde no esten en uso las penas corporales, ser castigado con la muerte.

Los reglamentos que determinen los ascensos y recompensas deben conceder á los jefes mucha influencia en los nombramientos, y los mas elevados deberán ser conferidos esclusivamente por el monarca.

El derecho que tiene un soberano de destituir á un jefe, cualquiera que sea su graduacion, es el cumplimiento de lo que acaba de decirse sobre la disciplina.

De igual derecho debe gozar el coronel de un regimiento, pero solo con respecto á los infimos grados: de allí nacerán algunas injusticias como en todo lo que pende del juicio de los hombres, pero puede presumirse que casi todas serán involuntarias, puesto que en jeneral no habrá interes alguno en cometerlas.

La potestad otorgada al soberano para destituir á un jefe militar, podrá ser utilísima como medio político en caso de complot, revolucion ú otro grave desórden.

Igualmente conveniente será bajo el aspecto militar, no solo para sostener con enerjía la subordinacion, alma de los ejércitos, sino para escudar la consideracion y el prestigio que deben rodear á los cargos de la Milicia.

En efecto, suele haber á veces en la conducta de un jefe militar circunstancias que le hacen indigno del mando, y, ademäs de lo doloroso é imprudente que seria para el ejército la publicidad de tales pormenores, difícilísimo fuera su clasificación y dilucidación, de tal modo que los pudiesen castigar los competentes tribunales.

En los ejércitos de nuestros días existe en este caso una especie de reciprocidad; pues tienen los oficiales la libertad de dejar el servicio cuando quieran: ademäs la destitución en nada debe perjudicar los derechos adquiridos á recompensas, ya pecuniarias, ya honoríficas.

Acaso se diga que así se sanciona la arbitrariedad: sin duda; porque sin arbitrariedad legal no puede haber ejército permanente alguno bien constituido.

Esto es una fatal consecuencia de la imperfección de los hombres; pero es tal vez imposible que ni en la concesión de las gracias, ni en la aplicación de las penas pueda evitarse la arbitrariedad.

En los ejércitos romanos, cuya disciplina tanto se ha decantado, la arbitrariedad estaba en práctica de un modo mucho mas absoluto.

De allí deducimos que las recompensas, gracias ó castigos deben ser concedidos ó impuestos con grande influencia de los jefes militares.

En los ejércitos actuales, los mas perfectos que se conocen, dividen los jefes militares en dos clases enteramente distintas.

La una, de los oficiales que sirven voluntariamente y pueden dejar de hacerlo cuando les convenga.

La otra de aquellos que, como los cabos y sargentos, han empezado por ser soldados, ya en virtud de la ley de reclutamiento, ya por enganche voluntario.

Con la destitución, los primeros dejan de formar parte del ejército y vuelven á la vida privada; pero los segundos deben seguir sirviendo como soldados hasta cumplir el tiempo por que fueron reclutados ó por el cual se alistaron.

Muy provechoso seria sin duda á la disciplina que los cabos y sargentos despojados por juicio de sus empleos dejasen de pertenecer á las filas; pero es esto casi imposible de realizar en todas las naciones, en donde el reemplazo del ejército se hace forzosamente; puesto

que la mayor parte de los individuos que componen la clase de tropa, solo aspiran como término de sus esperanzas á volver al seno de sus familias, y recibirian por consiguiente como el mayor de los beneficios lo que se les impusiera como castigo.

Los modos de alistamiento fueron siempre distintos segun la naturaleza de los estados.

En Egipto y en la India existian castas guerreras que se dedicaban esclusivamente á la profesion de las armas.

Roma formó sus primeros ejércitos con la flor de sus ciudadanos, y mas tarde con los esclavos, que recibian la libertad como premio de sus servicios. Cartago tenia á su sueldo tropas extranjeras.

Ahora que la mayor parte de las naciones sostiene ejércitos numerosos, los soldados salen de las clases inferiores del pueblo por varios métodos de reclutamiento.

En Inglaterra se verifica por medio de enganches; es decir, comprando los reclutas.

En casi todos los demäs países el alistamiento es forzoso, aunque con la facultad de poder comprar sustitutos.

Las naciones que se sirven de ejércitos temporarios, como la confederación Helvética, solo pueden valerse del alistamiento forzoso: de otra suerte no tendrian la seguridad de reunir un ejército voluntario con la premura que exigiesen las circunstancias.

Para los que sostienen ejércitos permanentes, el sistema de enganches voluntarios seria insuficiente para suministrarles recursos proporcionados á su población.

Así es que, desde que una potencia adoptó el método de alistamiento forzoso, todas las que vieron la posibilidad de estar envueltas en una guerra contra ella, tuvieron que adoptar igualmente como condicion *sine qua non* de existencia: por esta razon se halla planteado en el día este sistema en todos los grandes estados de Europa.

La Inglaterra misma ninguna escepcion hace á esta regla; puesto que, siendo la clave de su importancia su superioridad marítima, emplea para su ejército el alistamiento voluntario, y el forzoso para su armada.

En la elección de reclutas debe atenderse en lo posible tanto á las cualidades físicas, como á las morales.

Dejando á un lado la desigualdad con que

la naturaleza reparte los dones físicos entre los hombres, tambien, segun las provincias y los usos, poseen los reclutas en diferentes grados la agilidad, la maña y la fuerza: están acostumbrados á una vida mas ó ménos sedentaria, sóbria ó activa, y propios ya para manejar un caballo, ya para la fatiga de largas marchas, etc., etc.

Tambien difieren los reclutas en sus cualidades morales por causas análogas; pero prueba la experiencia que, bajo este punto de vista, todos los hombres son igualmente susceptibles de llegar á formar buenos soldados, y que, alteradas insensiblemente las ideas primitivas, adquieren pronto el espíritu del cuerpo en que sirven.

La costumbre de arrostrar los peligros, el ejemplo de sus jefes, el de los soldados viejos y de aquellos que la naturaleza formó valientes, junto con el instinto de su propia conservación, cambian á veces en buenos soldados hombres naturalmente pusilánimes, sobre todo desde el momento en que adquieren la convicción de que la resistencia les promete mas medios de salvacion que la fuga.

Ademas la experiencia solo puede manifestar si un militar posee ó no las cualidades necesarias á su estado; y como la demasiada escrupulosidad en esta materia haria difícil el encontrar un número suficiente de soldados, preciso es no desdenar los medianos, ni aun alguna vez los malos.

Desde que la infantería pelea solamente casi por sus fuegos, la superioridad numérica ha adquirido una mayor influencia, y la rapidez en las marchas ha llegado á ser uno de los principales elementos de éxito; pero si las marchas forzadas producen resultados ventajosos, tambien acarrear en cambio fatigas y privaciones que hacen todavia mas necesarias en los reclutas la robustez y sobriedad.

Las clases proletarias son las que producen mejores soldados, y principalmente todos los que hacen del oficio de las armas un medio de vivir.

Ocupémonos ahora de los diversos modos de ascenso. La obtencion de los ascensos en los ejércitos feudales dependia invariablemente del rango que los militares ocupaban en la sociedad.

En los ejércitos temporarios cada vez que volvia á estallar la guerra se procedia á la eleccion de nuevos jefes.

En los ejércitos permanentes, de nuestros dias en que un grado es casi una propiedad, y en donde los oficiales, en vez de cumplir un deber, ejercen mas bien una profesion, el sistema de ascensos es cuestion de un inmenso interes en el organismo de los ejércitos, en los cuales, aun en el dia, influyen en tanto grado la composicion de los cuadros.

Los cuadros se componen de dos clases distintas, á saber: oficiales, cabos y sarjentos.

Los oficiales no habitan jeneralmente con la tropa, ni estan sujetos á listas tan rigurosas.

Los de infanteria no usan de las mismas armas, porque su mision, mas bien que combatir, es guiar al soldado y contenerle en las filas.

Los cabos y sarjentos elejidos entre los mismos soldados ejercen sobre ellos una continua vijilancia, habitan los mismos cuarteles, estan sujetos á iguales listas, y usan de las mismas armas.

Los oficiales subalternos se sacan, ó de entre los sarjentos, ó de los alumnos de las escuelas militares, ó bien escojiendo jóvenes que satisfagan á determinadas condiciones: estos oficiales alcanzan los grados superiores segun la ley ó reglamento de ascensos.

Pueden concederse los ascensos de cuatro distintos modos: 1.º por antigüedad: 2.º por eleccion del gobierno: 3.º por dinero ó comprados, y 4.º por el sufragio de las mismas tropas.

El primer método, que á primera vista ofrece una apariencia de equidad, produce los mas funestos resultados: la antigüedad detras de la cual se parapetan los ignorantes y los inaptos, apaga, siguiendo su impasible curso, el fuego de la emulacion, y solo produce oficiales encanecidos en los empleos subalternos, y jenerales que, enfriados y adormecidos por la edad, no pueden llevar el peso del mando, y solo sirven para inutilizar y paralizar las mejores tropas.

La Prusia hizo una cruel experiencia de esta verdad en el año de 1806.

La eleccion del gobierno sin restriccion alguna, entregaria casi todos los ascensos al favor y á la intriga; mas este método no se ha usado jamas en ningun ejército permanente.

En todas partes la eleccion del gobierno solo puede recaer en los que se hallen en una posicion determinada, ó por las leyes y reglamentos, ó por las costumbres; y sin embargo

el favor y la intriga siempre conservan en estos nombramientos la mayor influencia.

Además de su alta inmoralidad, el método de vender los ascensos ahogaría la emulación y cuantos nobles sentimientos debe encerrar el pecho de un militar; así es que no hay ejemplos de ascenso de esta clase sino con condiciones espresamente marcadas por una ley consiguiente á los sistemas arriba indicados.

Los ascensos por eleccion de las mismas tropas, cuyo primer ejemplo dió la Francia en tiempo de su revolucion con sus batallones de voluntarios, y que hoy sigue rijiendo á las milicias sedentarias de algunas naciones, solo podrían aplicarse á los ejércitos permanentes verificándose dichas votaciones en los mismos cuerpos.

Este sistema escluiría á la verdad de las promociones á todos los hombres de incapacidad reconocida, pero tambien la eleccion hecha por un cuerpo de oficiales ignorantes sería muy distinta de la que verificaría una oficialidad brillante é instruida.

De todas maneras este sistema perjudicaría á la disciplina, y en tiempo de disturbios podría servir de ayuda á los revolucionarios.

Además de estos cuatro métodos, existen muchos otros que resultan de la combinacion y amalgama de los citados.

Para obtener un buen sistema de ascensos no basta mirar la cuestion militarmente, es necesario considerarla tambien en su aspecto político.

Sin tratar de profundizar esta cuestion, diremos solamente que con una mira política la Inglaterra ha adoptado el sistema de vender los grados; que en las demas naciones, para evitar los inconvenientes de los ascensos por antigüedad, se recae en los nombramientos por favor, y en una palabra, que consideraciones políticas ó financieras se oponen casi siempre á que un gobierno pueda adoptar para los ascensos el método que militarmente sería preferible.

Todas las naciones europeas permiten ascender á oficiales á los sarjentos de sus tropas; pero esto se verifica en unas partes por excepcion, y en otras en mayor ó menor proporcion.

Algunas favorecen los ascensos de ciertas clases privilegiadas, como la Rusia y la Austria; otras las conceden indistintamente á toda clase de ciudadanos que reúnen tales cualidades, y

llenan ciertas condiciones prescritas por los reglamentos, como la Francia y la España.

Esceptuando la Inglaterra, en que se verifican los ascensos por un orden misto tomado de los tres primeros de que hemos hablado, todas las demas potencias observan un sistema compuesto del de antigüedad y por eleccion del gobierno: en tiempo de guerra solo de esta última manera se confieren los ascensos.

La paz perjudica á los ejércitos permanentes por dos causas principales: 1.^a porque las tropas pierden entónces los usos y costumbres guerreras: 2.^a porque los oficiales de graduacion superior á la de capitán acaban por ser de edad demasiado avanzada.

Es pues preciso para obtener un ejército permanente bien organizado valerse de medios honrosos para deshacerse de los oficiales achacosos ó demasiado viejos.

Los retiros son insuficientes sobre todo en los ejércitos cuyos oficiales pertenecieron casi todos á la clase de sarjentos, porque el gravámen al erario sería insufrible; pero existen otros arbitrios que pueden combinarse con el sistema de retiros.

Se puede, como en Inglaterra, vender grados con condiciones especificadas, ó conceder á los oficiales empleos civiles proporcionados á su graduacion y á sus años de servicio: este método está hoy practicado por la Rusia, la Austria y la Prusia.

Cuando rodea á la carrera militar una aureola de gloria y consideracion, los oficiales que poseen una fortuna independiente la prefieren á una carrera civil, cuyos empleos vienen entónces á ser esclusivamente el patrimonio de los oficiales pobres.

De esta suerte los ascensos son mas rápidos, y la oficialidad se halla formada en gran parte de individuos jóvenes, y generalmente interesados en la prosperidad pública.

En las circunstancias críticas de una guerra consumidora ó de una invasion, el gobierno podrá con estos antiguos militares organizar prontamente un ejército de reserva.

Pero si la carrera militar está desconsiderada, solo se resignarán á seguirla los oficiales que necesiten absolutamente del sueldo para subsistir, ó bien los que por sus relaciones cuenten con la probabilidad de ascender á los primeros puestos.

La oficialidad se hallará compuesta enton-

res de favoritos y proletarios, resultado poco conveniente en política, puesto que los oficiales que mas se deben atraer y conservar bajo las banderas, son los que pertenezcan á las clases distinguidas y acomodadas de la sociedad.

LA BATALLA DE VILLALAR.

En la noche del 22 de abril de 1521, un joven de 26 á 28 años al parecer, se paseaba preocupado y meditabundo en el antiguo estrado de una casa solariega de Torrelobaton: dominado sucesivamente por un desasosiego maquinal y por una profunda apatía, sus pasos, unas veces precipitados y desiguales, recorrían con apresuramiento el largo total de la estancia; otras veces lentos, indecisos y cortados por frecuentes intervalos, alargaban indefinidamente la duracion de este corto tránsito; tan pronto se deslizaban silenciosos y apenas articulados, sobre la mullida alfombra que cubría el piso de la sala; tan pronto resonaban sordamente haciendo vibrar el pavimento con la agitacion de una cadencia fuerte y brusca. Cualquiera que, colocado en el piso inferior de la casa y debajo precisamente de aquella sala, se hubiese entretenido en formar conjeturas sobre el estado moral del individuo que estampaba, con tema tan variado, sus insólitas pisadas, no hubiera probablemente titubeado en atribuir las á un enamorado ó á un jugador; pero la persona que hubiese podido examinar las facciones profundamente impresionadas del paseante, pronto conociera en la fijeza de su fisonomía que no era una dulce pasion la que se mecía en su corazon, sino un interes esclusivo en efecto como el del juego; pero no como él, bajo, sórdido, antisocial é inhumano, sino elevado, grandioso, sublime. Un rico capacet de acero recamado de oro y cubierto de un penacho de plumas moradas y blancas, y las principales piezas de una armadura de batalla esparcidas sobre algunos sillones de Moscovia del estrado, daban á conocer cual era la especie de partida en que se hallaba empeñado el joven; partida

solemne y terrible que, llegada á su término postrero, le presentaba por última puesta y por única alternativa, de un lado la libertad de una nacion entera y la inmortal gloria de haberla conquistado, de otro el baldon de la posteridad y la muerte de los traidores. La noble figura del campeon se mostraba en harmonía con la alta mision que le habian confiado los pueblos castellanos: su estatura era regular sin ser elevada, y la ostentaban y hacian sobresalir la admirable esveltez y proporcion de las formas, y el descuello airoso y señorial de una cabeza que en su jiro altivo, al par que gracioso, parecia haber sido creada para el entronizamiento de la libertad, ya que no para el mando de los hombres: su tez fina y aristocrática, sin carecer de animacion, tenia habitualmente aquella especie de palidez sentimental que tanto conmueve á las mujeres, y que, relevada por dos melancólicas cejas de ébano de larga y ondulosa prolongacion, por una negra cabellera ligeramente rizada en sus estremidades, y por una mirada de profunda intelijencia y de inefable sensibilidad, daba á toda su fisonomía una espresion de indecible interes, de irresistible prestigio. Sin embargo, en el momento á que nos referimos, la suave harmonía de este semblante de jenio estaba visiblemente turbado: una rijidez no acostumbrada habia como petrificado todas estas bellezas: hubiérase creído que, ausente de ellas por un instante el alma, y lanzada por un don de segunda vista en el porvenir azaroso que se le preparaba, interrogaba, desprendida de sus lazos terrestres, al inflexible destino.

De repente una campanada desapacible seguida de otras nueve lentas y compasadas vino á interrumpir esta grave meditacion. Un estremecimiento súbito paralizó el curso proceloso de las ideas del caviloso pensador, que, como herido del rayo, permaneció inmóvil y estático, cual criminal que escucha una fatal sentencia, hasta que el campanario de Torrelobaton hubo articulado su último sonido. Pocos dias ántes, algunos arcabuceros se habian entretenido en tirar, tomando por blanco á la campana horaria, y con tan buen acierto, que habian causado una rotura de bastante consideracion en ella para turbar el órden vibratorio de sus metales: los acentos de la campana habian cesado desde entónces de ser llenos y sonoros, y los habia reemplazado un ruido metálico, seco y bronco,

semejante al que produjera el choque de dos masas de plomo, y capaz por su acidez y destempe de desordenar el sistema nervioso de un holandés. Una estremada susceptibilidad de organismo combinándose en el hombre de que estamos hablando, con las imágenes fantásticas que una posición escepcional enjendraba de continuo en su mente acalorada, había procreado en su alma, por otra parte fuerte y elevada, un presentimiento funesto, á que la complicación amenazadora de las circunstancias críticas en que se encontraba daba á cada instante mas incremento y solemnidad. Victorioso y pujante al principio de su mansión en Torrelobaton, su posición, entonces próspera y brillante, se había ido trasformando insensiblemente en alarmante y apurada; su ánimo sin embargo no había decaído en lo mas mínimo hasta que, haciéndose dificultad sobre dificultad y desventaja sobre desventaja, llegó un día en que el comunero conquistador, aclamado por los pueblos, temido de los nobles, vencedor de las tropas reales y dueño de Castilla, se vió reducido á ser casi completamente bloqueado por el ejército de los gobernadores; sin mas recurso que una tropa indisciplinada, accesible á la seducción, desmoralizada por el pillaje y familiarizada con la defección. En este mismo día en que á un mismo tiempo se le noticiaba la considerable desercion que empezaba á manifestarse en el ejército de los populares y la reunion que acababa de verificarse en Peñafior del de los vireyes con las fuerzas que, mandadas por don Pedro Velasco, habían hasta entonces hecho frente, aunque con éxito vario, á los comuneros; en la hora fatal en que oía, montado en cólera, aquella triste relación, el sonido troncado y lúgubre de la campana rota había herido por primera vez sus oídos, y su imaginación viva, vulnerada á un mismo tiempo por la profunda impresión moral de un porvenir aciago, y por la no ménos incisiva de una sensación física tan desagradable como inesperada, había admitido con increíble tenacidad la idea fija de que su estrella palidecía en aquel instante, y el presentimiento fatídico del oprobio de su muerte y de la ruina próxima de su partido. Desde aquella hora funesta no había oído una sola vez la voz ronca y doliente de la mutilada campana, sin experimentar una fuerte crispación nerviosa y un anonadamiento de facultades que paraba repentinamente en él

la marcha de todo pensamiento; una opresión terrible apremiaba su anchuroso pecho á cada golpe de aquella, cual si en él se descargase, y hasta disipada la vibración del último, no le era posible ni moverse, ni hablar, ni oír, ni respirar. Durante este cruel espacio de tiempo parecía suspendida en él toda existencia física y moral; parecía que apartada su ánima, como ya lo hemos dicho, de toda afección humana, escuchaba sobre el borde de la eternidad el inmutable decreto de la Providencia.

Luego que hubo callado la implacable campana, el comunero dió un hondo suspiro, y, sintiéndose sofocado por el penoso esfuerzo de su concentración mental, se encaminó á uno de los balcones del salón, á fin de serenarse respirando el ambiente puro del aire libre; pero allí le esperaba la herida punzante de un emponzoñado aguijón. La casa en que se hallaba y que en aquel tiempo pertenecía á uno de los nobles que hacían parte del ejército de los vireyes, estaba situada de tal modo que desde el primer piso de su fachada principal se descubría el camino de Peñafior, cerrando por esta parte el horizonte las poco elevadas colinas que, interpuestas entre aquel pueblo y Torrelobaton, ocultan el primero al radio visual de éste. Apenas pues se asomó el jóven jeneral, cuando fijó su atención un reflejo atmosférico de color encendido, que en masas desiguales se extendía por encima de aquellos montículos en dirección de Peñafior: su ojo ejercitado pudo bien pronto valuar el número de las fogatas del enemigo, y conjeturar con acierto la posición de su campamento. La noche era oscurísima, y esta circunstancia unida á la circunspección de los gobernadores y al respeto que causaba todavía el recuerdo de los recientes triunfos de los comuneros, les prometía una retirada fácil y segura; mas el alma ardiente del jóven candillo repugnaba tomar este partido prudente, si, y tal vez indispensable en las coyunturas en que se hallaba, pero que consideraba con razón como una prueba de inferioridad, capaz de desacreditar su causa, de envalentonar al enemigo, y de malograr por consecuencia la inmensa ventaja moral que aun conservaba sobre él. Así fluctuante entre la vergüenza de confesarse obligado á ceder el campo al contrario, y el peligro de aventurarlo todo en una acción jeneral que no se disimulaba ser de muy dudoso éxito,

atendidos los malos elementos de que constaba su ejército, compuesto de tropas colecticias y por lo tanto fáciles de desbandarse, y para quienes un combate desventajoso ó indeciso tendría infaliblemente el mismo resultado que una derrota, su irresolucion se hacia cada vez mas perpleja: á veces, confiando en la superioridad de su artilleria, se afirmaba en el designio de esperar al enemigo y defender á Torrelobaton: otras veces combatia este pensamiento la consideracion de la numerosa caballeria enemiga, formada su parte mas selecta de la flor de la nobleza, y capaz por si sola de envolver y destrozár los tercios de los populares y de bloquearlos completamente en la mala posicion que ocupaban.

Largo rato habia trascurrido de este modo sin que, resumiendo las probabilidades, tomase en fin el jefe de los comuneros una determinacion, cuando llamó su atencion el ruido que hacia, al parecer, un hombre armado al subir la escalera; y en efecto, al momento entró en el estrado un jóven como de unos diez y seis años, cubierto de una armadura lijera é incompleta, el que, apenas hubo conocido al que estaba en la sala, cuando, postrado con ademán fervoroso ante él, le apretó y besó afectuosamente las rodillas: demasiado conmovido para hablar el recién-llegado, é impidiendo su postura el que pudiese aquel examinar sus facciones, le desembarazó con impaciencia de su casco, y entónces, viendo flotar los abundosos rizos de una rubia y sedosa cabellera,

—Hernando, exclamó con tierna emocion, ¿sois bien vos mismo?

—Sí, mi señor, es vuestro humilde criado, que por entre muchas huestes del contrario bando, ha pasado con estas dos cartas, una del obispo Acuña y otra de vuestra esposa, con ánimo de vos las entregar ó de morir.

Don Juan de Padilla obligó entónces cariñosamente al lindo paje de doña María á que se levantara, y, tomando de sus manos las dos cartas, se aproximó á una ancha mesa embutida de nácar y ébano, sobre la cual ardian los cuatro mecheros de un enorme belon de plata. Miró primeramente con indecision los dos sobres; pero, cediendo bien pronto al efecto magnético de la letra trazada por una mano de mujer, rompió con viveza el sello de la misiva de doña María Pacheco y la recorrió velozmente, volviendo en seguida á leerla con lentitud

y tierno interes, hasta que, llegado á los últimos renglones, se detuvo largo rato en esta frase notable en que una noble ambicion se envolvía discretamente en los dulces recuerdos del amor: *mucho por el querer habeis fecho; agora hacedlo todo por la gloria.*

Una M. enlazada con una J. terminaba la heroica al par que sentimental epístola de la esposa de Padilla. Durante algunos instantes fijó éste una mirada de profunda melancolía sobre aquella amada cifra, emblema espresivo de sus pasadas dichas: en fin, haciendo un esfuerzo sobre si mismo, cubrió con los dedos pulgar é índice de su mano derecha las preciosas iniciales, y aproximando la carta á uno de los mecheros, quemó todo lo que de ella sobresalía de aquellas, y, metiéndose en seguida en la boca la pequenísima parte preservada de las llamas, ofreció al signo de la mujer amada el único santuario digno de conservarle.

Despues de este sacrificio causado en gran parte por una precaucion maquinal, que sin duda tenia por movíl oculto el vaticinio vago, pero incesante é importuno, de un próximo desastre, don Juan abrió con un movimiento brusco y desabrido la carta de don Antonio Acuña. En ella el intrépido obispo de Zamora, despues de un breve relato de sus hazañas en la Mancha; de su entrada triunfal en Toledo, despues de combatir con Zúñiga; de su aclamacion por el pueblo de esta ciudad por primado de España, y del esfuerzo con que sostenia la guerra civil contra el enemigo comun, reprochaba con su acostumbrada vehemencia á Padilla su larga detencion en Torrelobaton, su indecision fatal, su inaccion peligrosa, y en fin, la cesacion total de los movimientos ofensivos y la paralización inaudita de las operaciones militares. Le decia que la guerra no tenia mas que dos fases: atacar ó ser atacado; que en las guerras civiles, el partido que, tirando el guante, se pronuncia como agresor, debe progresar incesantemente ó ser destruido; que la guerra defensiva sienta mal á los que no pelean por la legitimidad legal; que la ofensiva es solo capaz de alimentar el entusiasmo de los pueblos, prontos siempre á desmayar perseguidos que se hallan constantemente por el temor habitual acia un poder hasta entónces estable, acatado é imponente; en fin, que la condicion de existencia de todo bando rebelde era avanzar á todo trance: añadia que no po-

dia ménos de augurar desfavorablemente de una detencion capaz por sí sola de arruinar del todo la causa de los comunes; y animaba fuertemente á Padilla á volver á tomar sin demora la iniciativa y á lanzarse sobre el ejército real, antes, decia, que, como indudablemente debia suceder, se le reuniesen nuevas fuerzas, ya fuese de las que en Navarra estaban á las órdenes de don Antonio Manrique, ya de las que tenia en Burgos á su inmediacion el virey don Íñigo Velasco, ó de ambas partes á un tiempo.

Padilla no leyó sin un violento ademán de despecho este pasaje, que patentizaba y ponía en parangon de una manera tan visible y notable la prevision y sagacidad del mas activo y emprendedor de los comuneros, con la fluctuacion y falta de penetracion de que se reconocia culpable en la presente coyuntura el campeón de Torrelobaton, sino el mas habil, indudablemente el mas magnánimo, el mas caballeresco adalid de las comunidades.

En fin, el furibundo y exaltado obispo, despues de mil incisivas amonestaciones, terminaba así su larga misiva: *Si en vuestra noble sangre cupiera acoger, ni por imaginacion, la posibilidad de que pudieredes en algun tiempo conformaros con ser perdonado, de faceros habria el recordamiento de vuestras mismas palabras cuando, aclamado procurador del reyno por la vuestra cibdad, dijisteis en cortes: nunca consentiré yo que la nobleza de Castilla y Leon sea hecha sierva ni tributaria: habemos nosotros conquistado estos reynos, y nuestros son, como prez de nuestra fama y galardón de nuestra sangre. Ni Alfonso VIII ni ninguno de sus sucesores, aunque lo intentaron, pudieron ponerlo en ejecucion; y así pronto me hallaredes á morir por defender estos nuestros derechos* (1).

Padilla volvió á leer con detencion este traslado efectivamente exacto de sus mismas palabras, de aquellas palabras que quizás habian

sido el jérmén fecundo y vivaz de la guerra civil. En seguida, encendiéndosele el rostro y vibrando rayos sus centelleantes miradas, arrugó en su mano la carta de Acuña, y dijo con voz poderosa, pero concentrada y como dirigida intimamente á sí mismo:

— ¡Bien está! el hijo de la libertada Toledo no tornará á ella vencido, ni vivirá perjuro: todavía le queda que pelear y morir.

Entretanto el paje inmovil y silencioso seguía con una mirada de doloroso interés todos los movimientos de su señor, y, viéndole ya sosegado, cruzado de brazos y al parecer sumergido, despues de leida la última carta, en una profunda meditacion, se acercó lentamente á él, y cojiéndole afectuosamente una de sus manos, se la besó. Sacado así de su penosa cavilacion el jefe de los comuneros, fijó los ojos con benevolencia sobre el jóven.

— En hora menguada y en deservicio vuestro habeis venido, pobre doncel, le dijo: mirad esos fuegos: ahí teneis al ejército real.

El adolescente dirigió la vista ácia el vislumbre que flotaba sobre la cumbre de la colina, y volviéndola brillante y alborozada sobre Padilla, ¡gracias á Dios! exclamó, al mejor tiempo he llegado.

Suavizado algun tanto el sombrío humor de don Juan con esta salida caballeresca, se puso á entretenerse familiarmente con el paje, que le refirió los azares y apuros de su viaje, y las circunstancias, mucho mas interesantes para el comunero, de la expedicion del obispo Acuña con su escuadron de lanzas, compuesto casi todo él de clérigos: le contó como habiendo atravesado aquel casi sin dificultad, gracias á su osadia y á la destreza con que supo aparentar fuerzas que no tenia, mucha estension del país ocupado de continuo por las correrías del enemigo, habia por fin llegado sano y salvo con su pequeña tropa á Torrelaguna, y de allí á Alcalá de Henares, en donde fué recibido con grandes festejos, y desde cuyo punto fué llevado en triunfo á Madrid, saliendo á recibirle á gran trecho la tropa de la capital: le pintó su entrada en Toledo, el entusiasmo del pueblo, la huida de Zúñiga ácia la Mancha; la actividad, el prestigio, la popularidad del candillo mitrado; la prontitud con que juntó fuerzas suficientes para seguir al jefe de las fuerzas reales en su retirada, y el denuedo con que le presentó la batalla en las inmediaciones de

(1) Estas propias palabras de D. Juan de Padilla aludian á las exacciones y concusiones del ministro flamenco Gebres, que por acrecentar las rentas reales de que disponia arbitrariamente, determinó aumentar las alcabalas, é impuso una contribucion á la nobleza, que hasta entonces habia estado siempre exenta de ella.

Tembleque: le hizo relacion de la refriega de Dos-Barrios, y como Acuña, viendo acobardados los suyos y puestos en derrota por Zúñiga, se habia apeado del caballo, y, cojiendo una pica, logró detener su tropa, volverla al combate y sostener su valor desmayado, peleando mezclado con ella en la primera fila. En fin, tanto dijo el buen paje que, fortalecido en algun modo el ánimo abatido de don Juan con este relato sencillez, pero entusiasta de las hazañas de su colega, y recobrando esperanza al saber que este sostenia con éxito por su parte los esfuerzos del enemigo y mantenía con su calorosa influencia la exaltacion de los pueblos, se atrevió por un momento á no desesperar de su posicion, y se decidió á conservar á toda costa el terreno que habia conquistado, y para ello á atacar en aquel mismo instante al enemigo en su propio real. ¡Ojala que mas terco hubiese persistido en este designio! Derrota por derrota, mas valia sufrirla haciendo decididamente frente al enemigo, que no en una retirada desordenada, que, como todo movimiento retrógrado, tenia por primera desventaja la de amilanar á la tropa que le ejecutaba y de envalentonar á los contrarios; y además la muy notable para fuerzas colecticias como la de que constaban los comuneros, de ser incapaces estos de maniobrar con acierto, de operar con serenidad, ni de hacer frente sobre la marcha, ó mantenerse en una posicion, mientras tanto que viesan á los enemigos posesionados de la iniciativa del avance. Pero el hado lo habia ordenado de otra manera, y la llegada en aquel momento de los jefes mas influyentes de los comuneros, volvió á sumir á Padilla en nuevas fluctuaciones.

Silenciosos entraron en la estancia don Pedro Maldonado Pimentel, don Juan Bravo y don Francisco Maldonado, y el semblante mustio de estos esforzados caudillos en tan grave circunstancia, fué un triste comento de las nobles esperanzas que poco ha renacian á duras penas en el hidalgo corazon del héroe toledano.

—Húelgome, les dijo éste, de que hayais venido á tan buena ocasion: aqui teneis á Hernando que ya conoceis, y que acaba de traerme esta carta de nuestro belicoso obispo: leedla, caballeros, y dadme vuestro parecer sobre el estado actual de nuestros negocios. En cuanto á mí, creo que debemos sin tardanza seguir

el parecer de Acuña, y acometer esta noche mesma al ejército de los vireyes.

Una melancólica sonrisa en que á la par se pintaba la incredulidad y el abatimiento, se imprimió lijaramente sobre las facciones austeras de don Francisco Maldonado; el que sin embargo tomó atentamente la carta de manos de Padilla y la leyó con tono grave y con solemne detencion, aunque algun tanto alterada la voz en ciertos pasajes de ella.

—Señor don Juan, dijo en seguida á éste remitiéndosela plegada; en lugar vuestro, Acuña quizas no se hubiera detenido tan largo tiempo en esta maldadada villa; pero marchó la ocasion de salir della cara adelante: hoy nos la tenemos que volver atras sin tardanza si habemos de evitar la rota que nos amenaza.

Aqui don Juan Bravo hizo un jesto de impaciente indignacion, como si soportase mal de su grado la idea de ciar ante el ejército real: sin embargo guardó un silencio que anunciaba hallarse resignado ya de antemano á este sacrificio.

Despues de una pausa á la que la crítica situacion de los comuneros daba la solemnidad de una aquiescencia unánime á las últimas palabras de Maldonado, prosiguió este haciendo un resumen exacto del estado de la guerra: desentrañó el enlace de circunstancias que colocaban á los gobernadores en la ventajosa posicion de volver á tomar la ofensiva; detalló sus recursos; censuró al paso, aunque con mesura, el inaudito yerro en que se habia incurrido permitiendo que en Peñafior, y á las mismas barbas de un ejército hasta entónces vencedor, se verificara la reunion de las fuerzas de D. Pedro Velasco con las que mandaba el virey su padre, cuando con mas decision pudo habérselas batido ántes sucesivamente y en detall; recordó dolorosamente el estado brillante en que se hallaban los populares ántes de la toma de Torrelobaton; sus numerosas tropas, su fuerte y bien servida artilleria, las Castillas enteras sublevadas, Búrgos pronta á entregarse, los nobles acobardados y en huida, las tropas reales batidas y dispersas; todo en fin dispuesto á ceder á un último esfuerzo. Concretándose despues á lo que únicamente tenia relacion con el momento actual, habló de los manejos ocultos dirigidos á menoscabar el interes hasta entónces mantenido por la causa pública; de las sospechosas relaciones

que se habian mantenido entre los dos ejércitos; del soborno que evidentemente y con todo descaro se ejercia en las filas de los comuneros; de la indisciplina que cundia en ellas; del incremento de la desercion, que de momento en momento se aumentaba de una manera espantosa. Por último, llegando á ocuparse del estado material de las fuerzas respectivas y de su proporcion relativa para el éxito de una batalla, hizo ver que la superioridad de la caballería enemiga, considerada bajo el aspecto numérico y el de los sobresalientes elementos de que se componia, no permitia al ejército de los comunes ni permanecer en Torrelobaton, en donde al instante le encerraria y le mantendria aquella completamente bloqueado, ni mucho ménos dar batalla en pais llano y de acceso fácil para esta arma; siendo inevitable en el primer supuesto la pronta capitulacion de una fuerza que careceria bien pronto de viveres, pues que ni siquiera se habia tenido la prevision de reunirlos en abundancia para el caso de hacerse fuerte en aquel puesto; y mas que probable en la segunda suposicion la derrota completa de una tropa compuesta casi toda de infantería muy mediana y desmoralizada ya bajo todos aspectos, si se la esponia en una llanura, sin puntos de apoyo, sin posicion propiamente dicha, y sin mas proteccion que una artillería poco movable; "y, añadió el jefe comunero, con notable despecho y con intencion señaladamente marcada, que creo poco dispuesta en el dia á hacer grandes hazañas."

Pimentel, á quien la opinion vulgar designó posteriormente, quizás no con suficiente fundamento, como traidor en aquella ocasion á la causa del pueblo, tomó con visible alteracion la defensa de la artillería, que se hallaba confiada entónces á su direccion; y recordó, aunque no tal vez con la energía que debiera en semejante coyuntura, sus servicios anteriores, y su brillante comportamiento en la accion de Torrelobaton y toma de su alcázar.

—¡En aquel tiempo, respondió con amargura y desden D. Francisco Maldonado, éramos victoriosos y la fortuna nos ayudaba!

Un largo silencio sucedió á esta exclamacion. Padilla, dando su verdadero valor á las bien cimentadas razones que acababa de oír, conocia cuán aventurado era en efecto mantenerse en la posicion que ocupaba, y, vuelto á su fatal

indecision, se hallaba entregado á una lucha mental entre la necesidad de una retirada y el peligro inminente de una derrota. Pimentel, ó fuese porque se sentia culpable, ó mas bien porque le hubiese abandonado la esperanza del triunfo de su partido, no se atrevia á proponer cosa alguna, y, aturdido por la suspicaz alusion de Maldonado, permanecia como abrumado bajo el peso de una acusacion terrible, cual si la hubiese merecido. El jefe, que tan minuciosamente habia analizado las razones en que apoyaba la conveniencia del movimiento retrógado, callaba tambien, combatido su ánimo por mil afectos encontrados, y parecia haber renunciado á terminar de una manera concluyente su largo discurso. En fin, D. Juan Bravo, que á un admirable valor de temperamento unia el temple moral de una energía fria y constante, y la fortaleza de una voluntad de acero, tomó la palabra:

—Escojed, dijo, con voz profunda é inaccesible á toda emocion: ó marchar contra el enemigo al instante y proporcionarnos así las ventajas de una sorpresa, ó salir sin detencion y en buen orden en direccion de la cibdad de Toro. Yo, añadió, no os rogaré porque deis la preferencia á uno ú otro desto que os propongo; mas sí porque depongais vuestra indecision: dentro de cuatro horas amanecerá: dentro de cuatro horas habemos de tener batido y en fuga á los contrarios, ó evacuado á Torrelobaton, y puesto al ejército en buen recaudo y bien ordenado fuera del alcance del enemigo: dentro de este término habemos de campar en los reales de Inigo, ó bien de llevar nuestro estandarte plegado á esperar mejor fortuna en las márgenes del Duero.

—La hidalguía castellana, repuso Padilla levantándose alborozado y estrechando á Bravo entre sus brazos, la hidalguía castellana no quedará dudosa entre esta alternativa, y tantos valientes caballeros preferirán sustentar la mas recia batalla contra el enemigo á la deshonra de ceder sin combatirle. ¡Bravo, Maldonado, Pimentel! esta es quizá la postrer ocasion de que los comuneros den cima á su gloriosa empresa: acordaos de que el rebelde que huye se confiesa, no solo vencido, sino tambien traidor: ¡salgamos, marchemos luego sobre Peñafior!....

En este momento, y cuando los caudillos de los populares, arrastrados por el entusiasmo de

su jefe, cedían á su deseo precipitándose acia la puerta de la estancia con el objeto de disponer sus tropas, el sonido cascado y desapacible de la aciaga campana se hizo oír de nuevo; pero entonces no lento y mesurado, sino precipitado, alborotado y desigual. Al primer golpe del metal fatídico se detuvo Padilla, y, llevando la mano al pecho, sintió que se introducía en su corazón el frío de la tumba. Los demas comuneros pararon tambien, prestando un oído observador á tan inesperado ruido, y como queriendo inquirir el motivo de esta singular novedad: bien pronto no les quedó duda alguna de que se tocaba á rebato. Al mismo tiempo se vió desde los balcones de la sala que habían quedado abiertos algunas ráfagas de un resplandor fugaz estamparse y desaparecer sucesivamente y repetidas veces sobre los grupos de casas que por aquella parte terminaban la poblacion. Un ruido confuso y desigual, una agitacion sorda, parecida al de una tempestad, crecía de momento en momento: mil clamores indistintos, mil apagadas é inarticuladas voces se prolongaban como un solo acento, como un hondo bramido, ya fuerte y creciente, ya débil y decadente hasta el silencio; ora destemplado, agrio y subiendo progresivamente de punto como el silbido del uracan; ora sepulcral, sostenido y monotono como aquellos rezos pronunciados á media voz por mil bocas en la nave de una basilica.

En medio de la sorpresa y del estupor causados por estas señales, tanto mas alarmantes cuanto que aun no se sabia á qué atribuir las, se abrió la puerta repentinamente, y los jefes de los comuneros pudieron ver una turba de oficiales y soldados mezclados desordenadamente sobre la escalera, gritando, hablando, preguntando todos á un tiempo por el jeneral, y en cuyas vociferaciones azoradas y descompuestas dominaban estas terribles palabras: *el alcázar arde por todas partes: el fuego se ha comunicado á las casas inmediatas: los soldados saquean el pueblo: los carros de pólvora van á volar: las tropas reales llegan; y mil otras espresiones mas ó ménos verídicas, pero que todas daban á conocer un terrible conflicto y que temer una espantosa catástrofe.*

Bravó, adelantándose entonces sobre el tramo superior de la escalera, apaciguó con un ademán imperioso este tumulto, y en seguida con aquella voz fuerte y segura del mando que,

prepotente sobre todo en los grandes peligros, es entonces acatada y obedecida siempre de la multitud,

—¿Cómo no os avergonzais, dijo, de abandonar desta manera vuestros puestos? Marchad luego á ellos. ¿No sabeis que en este momento se están ordenando los tercios?....

Apenas fueron proferidas estas palabras cuando, con la misma priesa y atropellamiento con que invadió esta turbamulta la escalera, del mismo modo la desocupó, sin articular ni un monosílabo, y sin otra demostracion muda que la que espresaba su desconcierto y la persuasion de la inoportunidad de su aparicion y de la conciencia de su falta.

Los jefes de los comuneros se dirigieron entonces acia las habitaciones interiores que daban frente al centro de la poblacion, y desde allí vieron efectivamente el alcázar envuelto totalmente en la espiral de una inmensa llamarada, y el incendio cundiendo de todos lados á gran parte de la poblacion. En medio de esta hoguera devoradora se veía correr en todos sentidos paisanos, soldados, mujeres y niños, forcejeando y atropellándose en todas direcciones; amenazando, blasfemando, hiriendo los unos; suplicando, gritando, huyendo los otros; y del seno de este bátrito, de esta confusion infernal, surgir lamentos penetrantes, ruidos semejantes al de la hiena, ahullidos, carcajadas furiosas, y bramidos de furor y desesperacion, interrumpidos de cuando en cuando por una explosion ó por el desplomamiento de los edificios.

Padilla contempló silencioso esta horrible escena de insensatez y de destruccion, y, despues de un momento de angustiosa meditacion, dijo con entereza volviéndose bruscamente acia sus capitanes:

—La suerte lo ha ordenado de otro modo: la retirada se ha tornado agora necesaria á todo trance: el ejército de los gobernadores, alborotado por este resplandor, y quizás, añadió con desabrimiento, ya de sobre aviso, en cuanto á su causa, de todas maneras debe hallarse dispuesto para pelear en la posicion que ocupa, ó, lo que es mas seguro, para emprender su marcha sobre este pueblo. En el estado desordenado en que nos encontramos, mal nos habria de oponernos á un enemigo preparado á todo, y para quien lo forzoso de nuestra retirada es ya una cosa clara y evidente.

Padilla se detuvo un momento, y, viendo que nadie intentaba oponerse á su designio, y que hasta don Juan Bravo manifestaba en su actitud resignada estar penetrado de lo indispensable que habia llegado á ser la ejecucion de esta medida, dió brevemente á cada uno de los jefes presentes sus órdenes para la reunion instantánea del ejército fuera de la poblacion por la parte opuesta al lado de Peñafior: indicó con precision cuál debía ser la formacion de la vanguardia, retaguardia y cuerpo de batalla; el orden que habia de seguirse en el movimiento retrógrado; la mejor forma de cubrirle; la direccion de la marcha, y las disposiciones preliminares que deberia tomar de por sí cada cuerpo en caso de ser atacado.

Los caudillos del bando popular marcharon inmediatamente á cumplir con lo que se les habia encargado: Padilla montó á caballo, y, acompañado solo de Hernando y de algunos jinetes, se salió en direccion de Peñafior á esplorar por sí mismo los movimientos del enemigo, contando, lleno de una negra inquietud, los instantes que trascurrían hasta lograda la reunion y ordenacion de sus tropas.

Entretanto el fuego se habia estendido á toda la parte opuesta de Torrelobaton: la voz era fué disminuyendo hasta su completa estincion, y por último solo se oyó en el silencio de la noche el ruido sordo del incendio avanzarse como el flujo proceloso del océano, sobre la parte aun ilesa de la poblacion.

Mientras que esto pasaba en el campo de los comuneros, el ejército de los vireyes, alarmado por el inmenso resplandor del incendio de Torrelobaton, se habia puesto sobre las armas. Los vireyes don Íñigo Velasco y don Federico Henrique, don Pedro Velasco, conde de Haro y jefe del ejército que habia quedado en Castilla, el joven Manrique, que mandaba las fuerzas que habian acudido de Navarra, el conde de Benavente, el duque de Medina-Celi y su hijo don Luis de la Cerda, don Álvaro Osorio, virey de Astorga, los condes de Miranda, de Aguilar y de Castro, el marques de Elche, y otros muchos de los infinitos nobles que defendían la causa real, formaban un gru-

po considerable delante del ala de caballería; arguyendo cada cual á su modo sobre esta novedad, pero acordes todos en ser ella el indicio infalible de la retirada de los comuneros, esperada ya desde muchos dias. Sin embargo, tan reciente era la memoria de las victorias conseguidas poco ántes por estos, tan imponentes todavia sus fuerzas y la fama de la osadia de sus principales campeones, y por otra parte tan circunspecto el carácter del virey Íñigo, que aun se tardó mucho tiempo en tomar en el ejército real la resolucion de marchar á delante.

En fin, á cosa de hora y media ántes de amanecer, habiéndose sabido por las escuchas y por las partidas de caballería que se habian avanzado acia Torrelobaton á fin de adquirir noticias del enemigo, que este habia evacuado el pueblo; y don Pedro Velasco estrechando á su padre para mover el ejército en persecucion de aquel, y recordándole la resolucion adoptada poco ántes en el consejo de los nobles, de poner sitio á Torrelobaton, como razon fundamental para no dejar escapar á los comunes, ya que, abandonando el apoyo del fuerte alcázar de aquel punto, único obstáculo que habia balanceado y dividido algun tanto los pareceres en el consejo, se presentaba la ocasion de desbaratar fácilmente en campo raso á los contrarios, con la formidable caballería del ejército real; accedió por último el virey al deseo de su hijo, esforzado aun por el entusiasmo de los nobles que le rodeaban; y al momento el ejército entero se puso en movimiento acia Torrelobaton, avanzando sin embargo todavia con precaucion por temor de alguna emboscada ó asechanza. Llegada la vanguardia á la inmediacion del pueblo, y habiéndole rodeado esta sin inconveniente y estableciéndose del otro lado del mismo, no quedó ya duda alguna de la retirada del enemigo, y de que marchaba en bastante buen orden y con la anticipacion de una hora escasa, por el camino de Toro, y por consiguiente en la direccion de Villalar. Apenas se divulgó esta noticia en el ejército real cuando, á pesar de la disciplina de las tropas que le componian, una especie de *hurra*, un poderoso grito de ¡*á ellos!* corrió cual descarga de mosqueteria por todas sus filas, y cuando el frente entero de la jente de á caballo se conmovió acia á delante como herido de un golpe eléctrico; pero el

viejo Íñigo no necesitaba ya de estímulo: descubierta suficientemente para él la incógnita, se lanzó al galope á la cabeza de la profunda columna que formaba la caballería, y encarándose con su hijo don Pedro, le ordenó de avanzar al escape con toda ella, y de cargar sin detencion en la llanura al ejército de los comuneros, mientras que él le seguiría, y apoyaría este movimiento con su artillería y lo restante de sus fuerzas.

Convendrá que aquí nos detengamos á hacer una breve reseña de las fuerzas y disposicion respectiva de ambos ejércitos.

El de los comuneros se componia de 7.000 hombres de infantería, bisoños casi todos ellos, y arcabuceros é incompletamente armados los mas; de un cuerpo de 500 caballos de muy mediana calidad, poco adiestrados en los ejercicios, y de una organizacion viciada é imperfecta; y por último de una artillería bastante numerosa, la mayor parte de bombardas, y que habia decaído considerablemente del brillante estado en que poco antes se habia sacado de Valladolid: los artilleros tenían poca instruccion, y ademas en aquel tiempo la poca exactitud en el cálculo de las trayectorias hacia muy inciertos los tiros dirigidos á objetos movibles, cuyas distancias no habian sido de antemano rectificadas repetidas veces por la esperiencia material del alcance: por otra parte se dudaba mucho de la fidelidad de este cuerpo, y despues de la batalla se acreditó la especie de que se habian embarazado á propósito los carruajes de la artillería para estorbar su uso, y que los pocos disparos ejecutados por ella durante la batalla, fueron dirigidos acia arriba, y de modo á no ofender á las tropas reales.

El ejército de los vireyes se componia de tropas cortas en número, pero veteranas y bien disciplinadas: constaba de 3.000 infantes, algunas bombardas bien montadas y de mucho calibre, y 1.700 jinetes entre pesados y ligeros. Esta escelente caballería era temida en estremo de los populares: lo que sobre todo contribuía á ello y realizaba singularmente el prestigio de este cuerpo, era la grande reunion de grandes y de sugetos de la primera nobleza del reino que formaban en sus filas, y que, dominados del espíritu caballeresco de aquella época, eran los primeros á dar el ejemplo y á arrojarse á los peligros.

Los comuneros cerrados en masa sobre el camino de Torrelabaton á Villalar, llevaban al principio su artillería y todo su bagaje por delante, cubierta aquella por una pequeña vanguardia; pero el mal estado del camino, empapado por una lluvia abundante que caía casi sin interrupcion desde las dos de la mañana, la habia obligado á frecuentes detenciones y á marchar muy despacio: así que, receloso Padilla de la pronta aparicion del enemigo y del temible alcance de su caballería, habia hecho tomar la delantera á toda su infantería, á fin de darle tiempo suficiente para desplegar y tomar posicion; pues aunque en aquel tiempo hubiese sido adoptado jeneralmente el método de marchar en semejantes coyunturas en varias columnas, lo anegado que se hallaban las recias tierras del pais no lo hubiera permitido. Los 500 caballos de los comuneros seguian detras de la artillería, formando parte de ellos una pequeña retaguardia, y tenían órden de sostener á aquella y de escaramucear para darle el tiempo de ponerse en batería. De este modo se esponia Padilla á perder en la primera arremetida de la caballería enemiga, tan superior en fuerza, toda su artillería; pero se hallaba obligado á ello por las circunstancias, y ademas esperaba que la circunspeccion tan acreditada hasta entónces de sus contrarios le daría tiempo para salvarla.

El ejército real, obligado tambien á seguir en una sola columna por el mismo camino, iba dividido en tres trozos; primero la caballería toda, que, como hemos dicho, avanzaba á toda rienda, y ya se hallaba á poca distancia de los comuneros; segundo la infantería, que, aunque caminando casi á la carrera, se encontraba sin embargo mas de tres cuartos de legua á retaguardia; y últimamente la artillería, que hallando ya el camino casi intransitable, caminaba con mucha lentitud, y estaba muy separada de la infantería. Esta disposicion era la natural que se toma cuando se persigue á un enemigo poco temible, y ya se sabe que no hay peligro en adoptarla siempre que en pais muy abierto y sin recelo alguno de ser atacado por la espalda, se opere ademas con una superioridad en caballería.

En tal estado y siguiéndose una columna á otra, ya á corto intervalo, y distante la cabeza de la de los comuneros como un cuarto de legua de Villalar, intentó Padilla desplegar su

infantería en batalla, y efectivamente logró que la mejor parte de ella se formase en la estensa llanura conocida con el nombre de *Campo de los nobles*; apoyada su izquierda al arroyo bastante caudaloso á la sazón llamado de *Hornija*, y cubierto su frente por un barranco sinuoso que en aquel día llevaba también bastante agua, y que, sin embargo de ser entonces vadeable por todas partes, era con todo de difícil acceso, por lo resbaladizo que la continua lluvia hacía sus declivios.

Apenas se había dispuesto con mil trabajos y dificultades esta tropa, ya amilanada y con poca gana de batirse, cuando, como si solo se hubiese querido establecerla en esta posición con el objeto de que presenciase la primera catástrofe de aquella malhadada jornada, se verificó á sus ojos y á poca distancia de su frente la derrota de su caballería, que, atacada con denuedo por la contraria, y arrollada en un abrir y cerrar de ojos, huyó despavorida y desordenada, llegando buena parte de los jinetes á precipitarse en el barranco, y hasta sobre las filas de la infantería. La artillería aun no había tomado disposición alguna, y mezclada confusamente en el camino con sus propios carruajes y con las acémilas del bagaje, había caído en poder del enemigo, que, al ver formada á su frente una línea de infantería, se detuvo y formó también sus escuadrones en batalla. Entonces llegó Pimentel con unos cincuenta caballos escapados de la refriega, y saliéndole al encuentro Padilla, le motejó vivamente por no haber ordenado sus piezas cual convenia y contenido al enemigo con un fuego bien sostenido, como se lo había mandado; añadiendo que á toda costa era preciso volver á recuperarlas: felizmente que los esfuerzos de Bravo y de don Francisco Maldonado habían podido contener la huida de buena parte de la caballería. Viendo Padilla que aun tenía á la mano unos 300 caballos, los reunió, y, marchando con ellos lanza en ristre contra la caballería enemiga, la atacó con furia, y desbarató y puso en fuga los escuadrones mas avanzados; en cuyo encuentro, metiéndose en medio de ellos, hirió de un bote de lanza á don Pedro Bazan, le arrojó del caballo y le dejó muy mal parado, por hallarse este armado ligeramente en aquel día, y no con la armadura de batalla de que usaban los hombres de armas para la refriega. Contenida con esta im-

petuosa carga la caballería enemiga, y algun tanto desordenados los escuadrones de retaguardia con la huida de los que, batidos en el encuentro, venian en dispersion sobre ellos y tardaron bastante en rehacerse, hizo alto todo este cuerpo, tanto para aguardar su infantería de que aun se hallaba separado por una larga distancia; cuanto para desplegarse del todo en batalla, á vista de la actitud de los comuneros, cuya infantería, alentada por el feliz ataque que acababa de presenciar, se mantenía en línea; y aun había logrado don Francisco Maldonado ordenar y colocar la parte ménos animosa de ella que Padilla había dejado todavía apelotonada en el camino. La artillería quedó pues desempeñada de este modo, y recibió la orden de seguir á delante á toda priesa, de colocarse en la posición mas ventajosa que se encontrase á los flancos de la línea, y de romper el fuego sobre el enemigo en el instante que se moviese este para atacar. Don Pedro Pimentel dirigió este movimiento; pero, sea que el mal estado del camino y de las tierras no permitiera ejecutarle con la aceleración necesaria, sea que el enemigo no diese el suficiente tiempo para ello, solo pudieron ponerse en batería algunas piezas á la izquierda de la línea y á corta distancia del camino: las demas se dirijieron lentamente y con frecuentes embarazos por la espalda de la infantería, y no llegaron á descubrirse de ella. Al mismo tiempo reunió Padilla la poca caballería que le había quedado, y se colocó con ella sobre el camino, á fin de acudir á donde fuese necesario, y de cubrir la maniobra de su artillería.

Mientras se efectuaban estas disposiciones, la caballería enemiga se había desplegado sobre una estensa línea casi paralela á la que formaba la infantería de los populares, rebasando considerablemente la derecha de esta; la infantería y la artillería del ejército real llegaban y tomaban posición sobre su derecha; y en este momento las pocas piezas situadas á la izquierda de los comuneros rompieron el fuego sobre aquellas fuerzas, á fin de estorbar su despliegue; pero sus pocos y desacertados disparos no fueron bastante para embarazarle, y así se halló al poco rato completada la formación total de los contrarios sobre una sola línea y sin reserva alguna.

A vista del poco éxito de los tiros de su artillería, y sobre todo de la actitud ame-

nazadora de la numerosa caballería enemiga, la infantería de los comunes empezó á titubear y á perder su serenidad: la lluvia que no habia cesado, pero que entónces principió á caer á torrentes, acabó de acobardar á la tropa, que compuesta, como ya se ha dicho, casi toda de arcabuceros, veia inutilizada por la mucha agua su única defensa que consistia en sus fuegos. Cundieron entónces voces alarmantes por las filas: muchos jefes y oficiales se dieron á gritar que el ejército entero iba á caer sin defensa en poder del enemigo; que en un terreno tan llano y tan desventajoso para la infantería, y privada esta del uso de sus armas, era imposible resistir á aquella temible caballería; que la salvacion de los comunes consistia en correr á toda priesa ácia Villalar y en guarecerse de sus cercas y edificios, desde cuyo reparo podrian batirse con ventaja y no tendrian que temer aquella terrible arma. Al oír Padilla esta vocería cobarde y de mal agüero, corrió al escape por delante de la infantería que empezaba á arremolinarse y á volver las espaldas, gritándoles que se tuvieran; que con la firmeza que tanto habian acreditado en otras ocasiones alcanzarían una nueva victoria; que estaban defendidos por un barranco que la caballería enemiga no podia franquear; que, anegada como estaba la campiña, no avanzaría aquella por las tierras aradas que estaban al frente sin meterse los caballos hasta los corbejones; que entónces tendrian la mejor ocasion para abrasar á quemarropa esa caballería incapacitada para moverse; que la lluvia era un obstáculo despreciable para el buen soldado de infantería, que siempre sabia llevar sus armas en disposicion de hacer fuego; que el verdadero valor no necesitaba del arrimo de las paredes para ser fuerte é invencible; que se acordasen de las glorias que habian adquirido y de la mengua que habria en que se perdiese la fama de ellas, el buen nombre de los comuneros y con él la justa causa que los pueblos habian encomendado á su esfuerzo. En vano fué todo: los nobles, estendidos en ala delante de la caballería del ejército real, conducidos con entusiasmo por el conde de Benavente, y gritando que ese campo, que por su nombre les era consagrado, les prometia la victoria, rompieron simultaneamente acia adelante, y, seguidos de todos los escuadrones, avanzaron sobre la infantería de

los comunes, cuyo valor, abatido é insensible á los calorosos acentos de su jefe, cedió del todo aterrorizado por este imponente amago: desde aquel momento todo fué desorden y confusion en las filas de los populares que se precipitaron á la desbandada acia Villalar, siendo muertos mas de cuatrocientos de ellos en medio de aquellas tierras empapadas en donde, metidos hasta la rodilla y pudiendo apenas moverse, fuéron lanceados por los jinetes enemigos. Impotente Padilla para contener este terror pánico, corrió á donde se hallaba la escasa artillería que habia conseguido ponerse en batería y hacer algunos disparos á la inmediacion del camino; pero le fué imposible conseguir que los pocos artilleros que se habian mantenido firmes al lado de las piezas hiciesen fuego de nuevo: entónces desesperado y viendo á la infantería enemiga en marcha tambien en batalla y muy próxima á él, dijo á Bravo, que allí cerca se mantenía aun á la cabeza de unos cien caballos, que se retirase despacio con ellos. Hecha esta prevencion, y perdiendo la esperanza de poder salvar parte alguna de su artillería, se lanzó al escape acia Villalar, creido todavia de que podria contener allí á su infantería fugitiva, y que, ordenada de nuevo y protegida por los valladares y paredes del pueblo, le seria posible detener el impetu de la caballería enemiga, ya desunida por el esfuerzo de su choque, y muy quebrantada por la penosa fatiga que experimentaban los caballos para salir de la fangosa tierra del *campo de los nobles*: logrado esto, contaba que aun conseguiría efectuar su retirada por las orillas del arroyo de Hornija, ó tirando acia Morales, en direccion perpendicular al arroyo Badajoz, que, á la distancia de poco mas de una legua, le ofrecia una segunda posicion; pero bien pronto se desengañó, cuando, al llegar á la inmediacion de Villalar, vió que, léjos de detenerse su infantería y de rehacerse al abrigo del pueblo, acababa de dispersarse completamente, huyendo en todas direcciones, tirando las armas, é introduciéndose apelonada mucha parte de ella en las casas y edificios.

A vista de este desastre se detuvo Padilla consternado:

—Huid, cobardes, gritó exasperado, ya que no sabeis pelear, ya que no osais mirar al enemigo

Volviéndose entónces acia la campiña que

acababa de ser el teatro de la derrota de los suyos, vió que ácia él venían D. Juan Bravo, D. Francisco Maldonado y algunos otros pocos nobles, acompañados de treinta á cuarenta jinetes, únicos soldados que en aquel día permanecieron fieles á la perdida causa de los comuneros.

—Amigos, les dijo con voz enérgica y solemne, los menestrales y labradores huyen con vergüenza: nosotros peharemos con valor y moriremos con honra: en nosotros al menos vivirá la buena fama de los comuneros.

Dichas estas palabras, y unánimes en sentimientos todos estos buenos caballeros, cargaron con furia sobre la caballería enemiga que se hallaba mas adelantada, la arrollaron y se abrieron paso por medio de los escuadrones que sucesivamente se les fueron presentando, hiriendo y matando á cuantos se les pusieron por delante, hasta que, llegando á retaguardia, se encontraron con el frente de toda la infantería que les disparó á un tiempo una lluvia de dardos, al mismo tiempo que, vuelta de su asombro la caballería, revolió contra ellos, y, acorralándolos, mató á la mayor parte de estos héroes. Mal herido Padilla y á pie por habérsele muerto el caballo, caído al suelo don Juan Bravo, y rotas sus armas defensivas don Francisco Maldonado, fueron los tres hechos prisioneros; habiéndolo sido Pimentel poco antes en el ataque jeneral de la caballería.

El ejército de los comuneros quedó completamente destruido de resultas de esta infausta batalla. Don Pedro Velasco, don Pedro Cueva y otros muchos nobles, á la cabeza de parte de la caballería, persiguieron al ejército fujitivo hasta su total dispersion: no hicieron prisioneros, contentándose con hacer tirar las armas á los que alcanzaban y despidiéndolos á sus casas, y lo mismo se hizo con la mucha tropa de los comuneros que se quedó escondida en las casas de Villalar: el bagaje y toda la artillería de los populares cayeron en poder de los vireyes, y de todo aquel ejército, poco ántes tan numeroso como brillante y bien pertrechado; de aquel ejército audaz y victorioso en que se afianzaba ufana y confiada la esperanza de las libertades castellanas, solo quedó un ominoso renombre y un fatal recuerdo.

Bien conocida es la sangrienta escena que tuvo por conclusion este terrible drama: á la mañana siguiente don Juan Padilla, don Fran-

cisco Maldonado y don Juan Bravo fueron decapitados en la plaza de Villalar. Ya sabe el lector que Padilla escribió, poco antes de ir al suplicio, dos cartas, una á su esposa y otra á la ciudad de Toledo; cuya memoria se conserva y trasmite de siglo á siglo como un monumento insigne de entereza, de jenerosidad, de hidalguía y de grandeza de alma. ¡Qué temple no tendria ese corazon sublime para unir, en los últimos momentos de su noble vida, á la mas estremada ternura el elevado orgullo de una fortaleza magnánima! *Mi ánima*, decia en su carta á doña Maria Pacheco, *pues ya otra cosa no tengo, dejo en vuestras manos: vos, señora, lo haced con ella como con la cosa que mas os quiso*. . . y despues de esta melancólica plegaria de amor y de fervorosa passion, elevándose de repente á la altura del espíritu caballeresco de aquel tiempo, *no quiero mas dilatar, añadia, por no dar pena al verdugo que me espera, y por no dar sospecha que, por alargar la vida, alargo la carta*.

Cumpliendo con la obligacion de historiador, que al fin y al postre consiste sobre todo en dejar acomodado siempre á su héroe, sea en el féretro ó en el tálamo nupcial, diremos á nuestros lectores (mas que lo tengan olvidado de puro sabido) que, marchando al suplicio los tres héroes, el ánimo naturalmente bronco é irritable de don Juan Bravo se alteró al oír, en el pregon que delante de él se iba publicando, que *aquellos caballeros morian por traidores*, y remontado en cólera, miente, gritó, *el que esto dice!* Padilla entónces, queriendo calmar á su amigo en este instante solemne, le dijo con semblante sereno y voz reposada, aunque afectuosa: *señor don Juan Bravo, ayer nos tocó pelear como caballeros: hoy debemos morir como cristianos*.

Bravo fue ejecutado el primero: acercándose luego al tajo Padilla, consideró por un momento el cuerpo ya inanimado de su amigo, y, dirigiéndole sus últimas palabras, dijo con emocion: *ahí estais vos, buen caballero!*.....

Algunos segundos despues la cabeza del héroe toledano rodó por el tablado y fué á tropezar con la del buen caballero.

El 23 de junio de 1821, trescientos años y dos meses justos despues de la catástrofe que acaba de referirse, discurría yo, á cosa de las siete de la tarde, por la campiña de Villalar acia la parte de Torrelabaton, y con mis apuntes en la mano, procuraba orientarme y reconocer las posiciones ocupadas respectivamente por el ejército de los comuneros y por el de los vireyes, en la batalla que tan fatalmente vigorizó en aquella época el poder de los reyes y remachó la cadena de esclavitud de los pueblos. No me fué difícil comprender las localidades ocupadas en aquel día memorable, y la corta série de movimientos que les fueron adaptados. Recorrí con interés aquel antiguo *campo de los nobles*: el suelo estaba firme, pero, á pesar de mi poca intelijencia en aquella parte de la agricultura que trata de las calidades de las tierras, conocí que la que tan bronca me parecia era de aquellas que los labradores llaman recias ó fuertes, y que, al revés de las ligeras ó areniscas, se empapan á mucha profundidad, tienen mucha parte de greda, y se hacen intransitables en tiempo de lluvias. Me hubiera alegrado que se hallara en este estado y no en el de sequedad que ahora tenia: entónces seguramente me hubiese internado hasta el extremo de este inmenso barrizal y emprendido su travesía total, á fin de cerciorarme por mi mismo de si Padilla no habia sido demasiado exigente en aquella ocasion, y de decidir si los comuneros habian tenido ó no suficiente motivo para dejarse batir. Volví tarde á Villalar: era la época en que empezaba á ponerse en voga la mania de las exhumaciones: las sociedades patrióticas se deshacian entónces en desenterrar zancarrones; unos para echarlos á los perros, que, por poco que fuesen antiguos aquellos, los dejaban por un buen espinazo de boricó á medio roer; otros para envolverlos en talegos de brocado, y cantarles el gorigori de los himnos *análogos á las circunstancias*.

Trabajo me costó el hallar una esquina de almohada en que acomodar mi cabeza por algunas horas aquella noche; pero era yo jóven, entusiasta todavía por las mojigangas *sacrosantas*, y así me pareció que el ver sacar al día siguiente de la huesa, en donde yacian desde trescientos años, los huesos de los mártires del primer pronunciamiento popular que tuvo por objeto la emancipacion y libertad del pueblo español, merecia la pena de que durmiera yo en

pésima cama despues de una malísima cena.

Al día siguiente se pusieron sobre las armas los varios destacamentos de la Guardia Nacional que hasta de Salamanca habian acudido á esta singular ceremonia, y formaron en batalla con el centro enfrente y á corta distancia de una cruz modesta que se hallaba á la salida para Tordesillas: allí reposaban los restos de Padilla, y sin duda tambien de Bravo y Maldonado. Nosotros, desenterradores sempiternos, íbamos á turbar ese reposo, sin tener la urbanidad de consultar siquiera al difunto sobre si era ó no de su gusto tomar el aire despues de tan larga encerrona, y mudar una sepultura á la cual sin duda se hallaba acostumbrado, por otra quizá ménos de su gusto y en que habria que renovar la operacion, siempre muy desagradable y asaz poco decorosa para un muerto, de pensarle y apisonarle segunda vez. Hablando con seriedad, me pareció en aquella ocasion que hacíamos una especie de sacrilegio: la idea rancia, y en el fondo verdaderamente bien vacia, de la violacion de la sepultura, asomó aunque vergonzante por entre mis conclusiones de progresista, y, disgustado ademas por el aspecto asqueroso de los primeros destrozos que, en medio de una algazara descomunal, acababan de sacar sobre el borde de la huesa, poco me faltó para echar á correr; sin embargo me mantuve firme hasta que, recojidos los últimos fragmentos atorados en la sepultura, encerrados preciosamente en una urna, pronunciada con emocion por el jefe político que mas á mano estuvo la elocuente improvisacion que llevaba escrita en la faldriquera, y dados los vivas que convenian al caso, nos encaminamos al pueblo con el objeto de dar principio á la parte ménos dramática, pero no ménos interesante de la funcion; esto es á la comida, sino suntuosa, abundante, que nos tenian preparados los buenos castellanos.

No recuerdo á donde fueron llevados los huesos del jefe de los comuneros, pero seguramente no existen ya en Villalar. ¡Pobre María Pacheco! Si algun día se cumplen los deseos que consignaste en tu última voluntad, los restos destrozados de tu lindo cuerpo no encontrarán ya á los de tu heroico esposo, y yacerás sola en Castilla, siempre viuda, abandonada siempre, como el día en que moriste en Oporto. ¡Nosotros, indiscretos vagabundos, nosotros, insensatos é inhumanos, desatendiendo

tu voto sagrado, fuimos la causa culpable de que, despues de tres siglos de espera, faltase por fin Padilla á la cita solemne de su esposa!!..... (1).

L. Corsini.

CRÓNICA DE LA QUINCENA.

Despues de escrito este epigrafe, no siempre nos es fácil cumplir exactamente lo que promete, por razon de la insignificante monotonía va de los acontecimientos militares.

Viendo ademas la luz de tarde en tarde nuestro folleto, ocioso nos parece dar á noticias del momento, despojadas las mas veces de todo interes, el lugar que, con mas utilidad nos hace llenar el deseo de dar á nuestra obra la fisonomía de un libro militar de todas épocas, mucho mas que la de una obra periódica sentenciada á una vida efímera.

El mes de mayo ha sido testigo de medidas importantes adoptadas para mejorar el organismo del ejército.

El decreto relativo á la reforma del cuerpo de E. M. es un pensamiento útil, y cuya sana aplicacion reclamaban tiempo ha los abusos sancionados por las rutinas.

La creacion de los segundos comandantes en la caballería adoptado mucho mas á nuestro parecer por el deseo de fijar la posicion de muchos beneméritos oficiales que, por una conviccion de su conveniencia, será debidamente apreciada por una arma que deberá á esta medida la estincion de una gran parte de los supernumerarios que le legaron las fases de la última campaña.

(1) Doña María Pacheco murió en Oporto por el mes de marzo de 1531: dejó mandado en su testamento que luego que en la primera sepultura quedasen consumidas sus carnes, fuesen llevados sus huesos á Villalar y unidos á los de su esposo.

En cuanto á lo que dice el Correo Nacional en su número 1515 sobre la circular del 24 de este mes que trata de los oficiales separados en octubre último, puede decirse aquello de si remas, palos, y si no remas, palos. Está visto que el ministerio no puede hacer nada que sea del gusto del Correo Nacional, y que para con este se halla aquel en el desgraciado caso de los dos lugareños que caminaban con un borrico, los que, fuese que montasen los dos en este, que lo hiciese solo uno, ó que caminasen ambos á pié detras del pobre animal, siempre eran motejados por las personas, malcontentadizas á la cuenta, que encontraban. El gobierno se vió obligado por los acontecimientos de octubre último á separar de sus cuerpos un crecido número de oficiales: ¡iniquidad! ¡maldad atroz! debía no haber tomado medida alguna de precaucion, ni siquiera las mas imprescindibles aconsejadas por las circunstancias. Apenas ve aquel llegado el momento de poder sin peligro usar de consideracion con los oficiales comprendidos en aquella medida: les ofrece los medios de justificarse y de volver á ocupar sus puestos en las filas del ejército: ¡iniquidad tambien! ¡ilegalidad! ¡persecucion!..... ¡Si encontrará Menga cosa que le venga!

No intentaremos convencer al Correo Nacional: no lo creemos posible, habiendo de por medio un ministerio que, procediendo por línea recta de la revolucion de setiembre, por fuerza lo ha de hacer todo al reves. Empero creemos de nuestra obligacion, como escritores públicos, patentizar el poco fundamento en que se apoya la censura de una medida que á todas luces merecerá la aprobacion jeneral y la gratitud de los individuos á que se refiere.

El Correo Nacional, sin decir por qué, halla mal que el decreto fije por término *improrogable* el de dos meses para que los interesados intenten su clasificacion: una de dos, ó este término es insuficiente, y entónces debería conceptuarlo así el Correo, lo que por cierto se guarda muy bien de decir ni indicar siquiera, ó es suficiente, cosa que está fuera de toda duda; y en este caso ¿á qué se dirige el argumento? ¿qué es lo que con él se quiere probar?

Pretende en seguida el Correo que los decretos de purificacion (de ominoso recuerdo) establecian, sin escepcion alguna, la

*segunda instancia para los que fuesen impu-
rificados en la primera; mientras que ahora
al contrario no hay mas que un solo exámen
y una sola instancia, instruida y determina-
da por el jefe superior del arma. Pero no es
así: por el artículo 6.º del decreto se colige
que esta única instancia se entiende solo en el
caso favorable de haber sido declarado apto
para el reemplazo el interesado. Por el artícu-
lo 5.º, muy al contrario, se remiten al tribu-
nal supremo de guerra y marina los expedien-
tes de los individuos que no hayan obtenido
un fallo ventajoso en la inspeccion ó direccion
respetiva (ó sea en la primera instancia), y al
espresado tribunal se le faculta en el mismo
artículo para abrir un juicio con el objeto de
aclarar los hechos dudosos. Esta revision, este
exámen detenido de aquel tribunal superior
nos parece tan bueno, tan legal y eficaz como
una segunda instancia; y de todos modos re-
sulta ser inexacta la espresion usada por nues-
tro colega, de que no hay mas que un solo
exámen y una sola instancia en el caso de
que tratamos.*

*Mas abajo dice que se encomienda al re-
ferido supremo tribunal la honrosa tarea de
abrir una pesquisa general sobre la conduc-
ta política de los militares que no merezcan
la confianza de los inspectores, escudriñan-
do hechos dudosos, etc. Nosotros no hallamos
en el citado decreto ni la letra ni la sustancia
de este concepto, que no es otra cosa que una
amplificacion caprichosa, ó que una interpre-
tacion muy orijinal y muy forzada de la últi-
ma parte del artículo 5.º, que á la letra dice....
ó acaso si debe abrirse un juicio para acla-
rar hechos dudosos, ó para perseguir algun
acto criminal que pudiera aparecer. El cote-
jo inmediato de estas dos versiones hace inútil
todo comentario.*

*En otro párrafo pregunta el Correo nacio-
nal: cuáles han de ser las circunstancias, cuá-
les las tachas y culpas de los militares á qui-
enes el tribunal proponga para la licencia ab-
soluta? pues que no lo especifica ni indica
siquiera la circular. Gana de buscar tropiezos
es preguntar lo que nadie ignora: de ningún
modo puede en esta parte ser mas esplicita ni
mostrarse mas inclinada á la legalidad la cir-
cular, que omitiendo la especificacion de un
delito particular. De este modo todo oficial que,
separado en aquella época, pruebe que cum-
plió entónces con sus deberes militares, que-*

*dará desde luego clasificado como apto para
volver al ejercicio de su empleo; y es al mis-
mo tiempo una discrecion y una jenerosidad
en el gobierno no prevenir á las autoridades
que han de entender en la clasificacion, res-
pecto á la designacion de un hecho especial.*

*Habiendo contestado á los principales argu-
mentos en que se funda la espresada censura,
nos parece ocioso ocuparnos de las declamacio-
nes que la terminan, porque esa especie de
poesia jeremiesca sale enteramente del domi-
nio de toda lógica. Nosotros, que repetidas ve-
ces y con tanto desinterés y buena fe como el que
mas, hemos intercedido á favor de nuestros
compañeros lastimados en sus intereses por una
medida que las circunstancias exigentes no per-
mitieron aplicar con el conocimiento y refle-
xion necesarios, vemos con el gusto consi-
guiente logrados nuestros deseos con la pro-
mulgacion de un decreto que, poniendo en
evidencia las obras de cada uno, otorgará, no
lo dudamos, á todos la justicia correspondiente.*

Las noticias recibidas de la frontera de Portugal
ninguna alteracion anuncian en la colocacion de los
cuerpos destinados á su vijilancia, que constan de 9
batallones y 300 caballos.

Estas brillantes tropas cubren la frontera portuguesa
desde los confines de Galicia hasta los de Estremadu-
ra, ménos la reserva que, compuesta de los 3 batallones
del regimiento infantería número 27 y de 200 ca-
ballos, permanece en Zamora.

El activo general Aleson vijila y recorre continua-
mente los puntos confiados á su celo, cuidando de en-
tretener por medio de frecuentes ejercicios el buen
espíritu, la instruccion y la actividad de sus tropas,
cuyas atenciones, segun se nos dice, están esmerada-
mente cubiertas, gracias á la franca y eficaz coopera-
cion de los jefes políticos é intendentes de aquellas
provincias.

Advertencia. Con este número recibirán nuestros
suscriptores el segundo pliego de órdenes. El tercero
que saldrá con la 6.ª entrega acabará de igualar la
coleccion con la promulgacion diaria.

En una entrega ulterior seguiremos publicando la
lista de los señores suscriptores.

Resumen de las materias contenidas en esta 5.ª entrega: de la or-
ganizacion de los ejércitos.—Del cuerpo de Estado Mayor, (con una lá-
mina representando un oficial del cuadro efectivo).—La batalla de Villa-
lar, episodio militar.—Crónica de la quincena.

ERRATA. Pájina 95, línea 28, en lugar de encierra bastante léase
encierra poco.

Redactor propietario. — Eduardo Perrotte.

MADRID:

IMPRENTA DE ALEGRIA Y CHARLAIN, CUESTA DE
SANTO DOMINGO.



Litog. en la del Artista, Barrionuevo n.º 22 Madrid

Cuerpo de C. M. Cuadro efectivo

